

VII CONGRESO TOMISTA INTERNACIONAL

En el Aula Magna de la Cancillería Apostólica de la Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino, se ha celebrado en Roma de los días 9 a 12 de septiembre último el VII Congreso Tomista Internacional sobre el tema «El hombre y su puesto en el Universo. Estudios de antropología». La importancia del tema y la personalidad de los asistentes (destacados teólogos y filósofos, académicos y profesores universitarios) presididos por varios cardenales de la Iglesia, dio un tono de la máxima elevación y nivel al Congreso. El cardenal Browne, presidente de la Academia de Santo Tomás, inició los trabajos con una presentación en la que recordó la fundación, fines y vida de la Corporación, que ha sido fiel al espíritu que León XIII se propuso, con sus notables publicaciones como la revista *Doctor Communis* y con la promoción de Congresos internacionales, en los que se han presentado los temas actuales de su tiempo; el de este año —afirmó— ha sido acogido por todos con aplauso, y, ciertamente, las ponencias, comunicaciones y discusiones respondieron cumplidamente al interés despertado. El Congreso ayuda a conocer mejor «la verdad en torno al hombre, a su naturaleza, a su destino, a los elementos que lo constituyen, a las circunstancias que le rodean». Todo un programa y amplio programa. Pero todos estos problemas no sólo como se encuentran en la obra inmortal del Angélico Doctor, sino también, «y con especial intención, como aparecen en los estudios de nuestros contemporáneos».

Representantes de Universidades europeas y americanas y de numerosos Institutos de Cultura, con las adhesiones de los profesores Grosso, Etienne Gilson, académico de Francia, y de Jacques Maritain, decano de la Academia de Santo Tomás, dieron no sólo el carácter internacional al Congreso sino la altura científica de éste. Un expresivo telegrama del Papa, leído por el rector magnífico de la Universidad Católica de Buenos Aires, Octavio Nicolás Derisi, fue el final de la solemne inauguración del Congreso.

Sobre «Antropología filosófica» y «Antropología bíblica» disertaron, respectivamente, los profesores Michele Federico Sciacca, de Génova, y Joseph Copens, de la Universidad de Lovaina. Con la brillantez y sagacidad que le

caracteriza, el profesor Sciacca hizo un estudio de la relación de la tradición filosófica agustiniana con la situación actual del pensamiento: las tres dimensiones de la situación del hombre actual (el «dentro», el «fuera» y «el más allá») y la afirmación de la inteligencia como medida y límite del ser. Lo que estas tres dimensiones implican para ser esclarecidas en sí y en sus relaciones, es un discurrir «sobre el ser y sobre la inteligencia» consideradas en relación de tensión o de dialecticidad. El ser como acto está en relación con la mente y la mente es mente sólo en relación al ser. Pero el ser aquí es el «ser como Idea», que es el principio ontológico y el principio del saber y de cualquier actividad del hombre. De aquí el pase a la finitud positiva del hombre es inmediato; el límite ontológico es inherente a todo el ser y a todo el hacerse ser del hombre. Es la determinación de la síntesis ontológica originaria que está constituida por el espíritu y por el cuerpo en relación de *suidad* y de *meidad* recíproca. La inteligencia mide el ser, los límites de todo ente, y está determinada, no limitada, por los entes. Y esto en fuerza de la posesión del ser como Idea, lo que produce la insatisfacción ontológica del hombre. «El ser como Idea —dice Sciacca— es la dimensión ontológica "propia" del hombre, que de este modo tiene en sí el límite limitante de cada cosa en relación a sí mismo, en relación a Dios; lo vincula a lo real como ser en el mundo y lo destaca como ser para Dios al cual está ontológicamente vinculado como Otro de él.» Termina el docto profesor genovés afirmando que la aceptación del límite ontológico es el fundamento de todo hombre, llegando a la conclusión de que el hombre es «una existencia de confín», definido por él mismo como Idea: *La persona, perduto l'essere, ha perduto se stessa.*

De la «Antropología bíblica» habló, con gran competencia, el profesor de Lovaina Joseph Copens, para quien el problema de la antropología está hoy de nuevo sobre el tapete, suscitado tanto por las discusiones filosóficas actuales sobre la persona humana como por las discusiones teológicas sobre la resurrección final. En su intervención el profesor belga presentó, en síntesis, las etapas principales de la concepción bíblica y cuáles son los datos antropológicos válidos que pueden derivar de ellas. De los datos que a este respecto nos suministra el Antiguo y Nuevo Testamento, el autor deduce algunas conclusiones. En primer lugar, la escritura no impone una concepción antropológica firmemente elaborada, pero testimonia el progreso continuo de la fe y de la enseñanza revelada en torno a este problema del hombre, de la supervivencia e inmortalidad del alma. Principalmente, los textos sagrados proclaman ininterrumpidamente la unicidad de la naturaleza humana.

A esta relación del profesor Copens sobre la antropología bíblica, el alma como principio de vida y el problema del hombre y de su inmortalidad, si-

guió una animada discusión en la que intervinieron los profesores M. Gentile, Cornelio Fabro, Di Napoli, G. Muzio, A. Crecini, M. Bianchi y Charles-Tresmontant.

«Antropología existencial y metafísica tomista» fue el tema de la conferencia del profesor de la Universidad de Perugia y docto y conocido tomista padre Cornelio Fabro. «La antropología en la primera mitad de este siglo —empieza diciendo— ha recorrido todo el campo de las llamadas ciencias humanas, primero como ciencia positiva que indaga los caracteres de las diversas formas del comportamiento humano, después como rama de la filosofía natural que investiga la estructura propia del hombre como reivindicación del fundamento, o sea, como aspirante al título de la venerable "filosofía primera" de Aristóteles, que tiene por objeto el ente en cuanto ente sobre todo como sustancia y como principio inmóvil.»

En el pensamiento actual sobre la antropología existencial o analítica del hombre, destaca el padre Fabro las posiciones heideggerianas de la *Entmythologisierung*, de Bultman, y la *Analytik des Menschen*, del jesuita padre Rahner, que ha destruído (en sentir de Fabro) la metafísica tomista y puesto en crisis el pensamiento católico. La comunicación al Congreso de Cornelio Fabro es toda ella una crítica concienzuda y fuerte de la posición de Rahner, y más precisamente de la interpretación de la metafísica tomista reducida a antropología existencial o «analítica del hombre» según la terminología y sentido heideggeriano. Hay en la interpretación tomista hecha por Rahner algunos equívocos que señala Fabro. Así, en la relación fundamental de ser-conocer, entendida en sentido tomista, «observamos —dice— que el primer objeto es el *ens* y no el *esse*, como pretende Rahner»: en segundo lugar, el *ente* es el fundamento de la estructura del conocer como son los trascendentales *unum*, *verum*, *bonum* y los primeros principios a ellos ligados. Por el contrario, Rahner «partiendo de la unidad de ser y conocer prefiere tomar los trascendentales como sinónimos del *esse* y atribuir al *verum* la función de fundar el *esse*». Con ello confunde Rahner —siempre en sentir de Fabro—, o mejor sustituye el *esse* al *ens*. El «trastrueque a que Rahner ha sometido al pensamiento tomista», comprende los puntos neurálgicos de la especulación sobre el ser y la relación del hombre con la verdad. Pero lo que puede sorprender, dice Cornelio Fabro, es que Rahner presente estas novedades como una crítica del pensamiento moderno a partir del tomismo, y no, como otras veces se ha pretendido, como una tentativa de «modernización del tomismo».

Muy interesante, y de gran altura científica, fue la ponencia presentada y expuesta por el eminente teólogo cardenal Danielou, con el sugestivo título «¿Existe una naturaleza humana?». «El problema actual —dice— es sobre todo filosófico y es de bases filosóficas sólidas de las que la teología tiene:

necesidad. Los responsables de la cultura y civilización actual invocan una filosofía profunda. La crisis actual es crisis de pensamiento de la que, naturalmente, es una consecuencia la crisis del obrar. De ahí la necesidad de ofrecer nuestra respuesta responsable sobre tantos interrogantes del hombre moderno sobre el hombre. Y que estas respuestas estén al mismo tiempo en la continuidad de la filosofía *perennis* y tengan en cuenta los problemas que impone el desarrollo de la civilización.» Quiere el conferenciante en su ponencia «mostrar la existencia de una realidad humana irreducible, cualquiera que sea el nombre con que se la designe». A este respecto «la palabra *natura* es perfectamente válida». Lo que el ilustre ponente quiere mostrar es que «la contestación de la naturaleza humana en nombre de la cultura, de la sociedad o del devenir, desemboca en tales atolladeros o callejones sin salida que la noción de naturaleza humana aparece hoy día como la más evidente que podamos tener».

La oposición naturaleza-cultura está en relación con el innegable y prodigioso desarrollo de la ciencia de nuestro tiempo que de la teoría se traduce en la práctica: «Le savoir devient pouvoir», de lo cual el hombre de hoy toma rápida conciencia y crea en él el sentimiento de la posibilidad ilimitada: el hombre de hoy puede obrar sobre el Cosmos, sobre la vida, sobre la sociedad y vencer sus resistencias; lo artificial, la técnica, la cultura, permiten al hombre no estar más sometido a las constricciones y de modelarse a sí mismo según la propia voluntad. Pero es preciso ver —advierte Danielou— lo que tiene de válido ese planteamiento. Ya en la antigüedad, y más recientemente en la Historia, se ha conocido una crítica de la civilización como opuesta a la naturaleza porque aquélla «sacaba» al hombre de su estado «idílico natural» (y bien conocida es, a este respecto, la crítica de Rousseau). Legítimo es también que el hombre adquiera sobre las riquezas del mundo físico y humano un poder. ¿Pero este poder es ilimitado? ¿Sustituye la cultura a la naturaleza? ¿La libertad del hombre es absoluta y soberana? «Interrogantes son éstos —dice Danielou— de la mayor importancia y cuya adecuada respuesta disiparía tantos equívocos y tantas "protestas"». Es aquí donde se impone al hombre una realidad objetiva. «Y esta realidad objetiva es la que nosotros llamamos naturaleza», que no es algo estático simplemente dado, sino «un programa a desenvolver». Y es aquí, y en esto, donde la cultura recibe su sentido.

Una segunda «contestación» de la noción de naturaleza humana procede —según Danielou— de su reducción a la dimensión social. El hombre de hoy constata que la aventura humana es inexorablemente colectiva, para lo malo y para lo bueno. Esto —dice el conferenciante— ha sido expresado por Marx de un modo filosófico. Hay en el individuo una voluntad de identidad total. Todo hombre aspira a ser hombre, pero se da cuenta de la imposibilidad

de realizar esa universalidad en sí sólo. Se da, pues, una voluntad de universalidad y una imposibilidad de realizar esa universalidad. Pero lo que el individuo no puede realizar podrá hacerlo la sociedad. La universalidad coincidirá en ese momento con la totalidad y será la realización de tal totalidad. La naturaleza humana en este momento deviene histórica. Es la realización progresiva de todas las virtualidades del hombre. Esta sustitución de la sociedad concreta a la naturaleza abstracta puede afrontarse desde un aspecto que es el de la libertad. La reivindicación de la soberanía de la libertad en las relaciones de toda trascendencia objetiva, es una de las reivindicaciones de la filosofía contemporánea. Sartre lo ha resumido diciendo que la existencia precede a la esencia, y la existencia, mejor, el *existente* —el hombre— «es libertad». De ahí la voráGINE del hombre moderno ante esta libertad sin otro contenido que la «contestación» de toda trascendencia. El problema ahora es el de la posibilidad de un orden en el que la libertad pueda inscribirse sin destruirse. En tal momento aparece que «él único límite que puede reconocer la libertad es el de otra libertad». «De este modo —afirma el cardenal Danielou— se pueden criticar la una y la otra de tales posiciones partiendo de sus premisas.» Si Marx proyecta lo universal sobre el plano de la sociedad, en vez de ver en la trascendencia una complementariedad, él ve una «alienación».

La última «oposición», en buena parte vinculada a la «contestación» de la noción de naturaleza humana social, es la de la naturaleza y de la Historia. Aquí es el carácter permanente del hombre el que es puesto en cuestión. El historicismo sociológico no ve en lo que nosotros llamamos naturaleza sino la proyección, al nivel de la conciencia, de las infraestructuras técnicas y económicas que son la realidad. Lo que nosotros llamamos naturaleza no sería sino un estado de hecho correspondiente a un cierto momento de la civilización. La concepción estructuralista subrayará menos la evolución que la heterogeneidad radical de los tipos de civilización unos en relación con los otros. Y hay otra dirección de la historicidad en el sentido heideggeriano y bultmanniano de la palabra, la que es, por el contrario, una ontología. Pero la experiencia del ser es histórica en el sentido de que no adquiere inteligibilidad sino con el significado que le es dado por cada uno. Por esto, no hay ningún criterio de verdad objetiva, sino una hermenéutica que será creadora de sentido.

«Y, muy particularmente "contestable" —termina Danielou— es la tesis de la heterogeneidad de las culturas.» Pero «lo esencial, la conciencia moral, la conciencia metafísica, la dignidad personal es común a los hombres de todas las épocas y de todas las razas. Y esta universalidad es el fundamento de la fraternidad.»

«El hombre "animal racional, espíritu encarnado"» fue el título de la comunicación presentada y discutida por el profesor De Finance, de la Univer-

sidad Gregoriana. No se trata —dice el conferenciante— de dos definiciones del hombre sino más bien de dos perspectivas para su comprensión: una ascendente que partiendo de abajo asciende hacia grados superiores del ser; y otra descendente que parte de arriba e influye sobre órdenes inferiores. El hombre está en el punto de confluencia de estos dos movimientos: al final de vía ascendente es definido como «animal rationale»; en la vía descendente, como «espíritu encarnado». La primera puede ser entendida como la vía de emergencia por la cual el hombre es el ápice del mundo; la segunda puede ser definida como la vía de participación por la que el hombre es hegemón del mundo en cuanto humano. Estas dos vías deben ser consideradas complementarias y no pueden disociarse.

«El drama de la vida occidental —dice De Finance— es propiamente el de disminuir la participación en beneficio de la emergencia, el de querer explicar lo superior por lo inferior.» En esto consiste el error del materialismo. La emergencia no se comprende sino como el universo de la participación. La ascesis de la materia hacia el espíritu supone, o mejor, es una comunicación del espíritu a la materia. Esta doctrina encuentra su aplicación tanto sobre el plano del hombre, esto es, de su constitución en la relación espíritu-materia, como en la relación del hombre al Cosmos.

Una cierta mentalidad contemporánea se olvida de la posición media del hombre: se le convierte en vértice del ser cuando no es sino el vértice del Cosmos. Por el contrario, el cristiano descubre en el ser una nueva dimensión; el orden del ser se entronca, para él, en un orden eterno interior al ser divino, por el cual el ser entero acaba de revelar su verdadero sentido y al mismo tiempo confiere a la tarea humana un nuevo alcance.

Sobre «El hombre en el Universo. Punto de vista científico» disertó el profesor Tresmontant, de la Universidad de París, quien, en términos de la mayor precisión antropológico-filosófica expuso el concepto evolutivo del Universo, del que el hombre forma parte, que impone un nuevo antropocentrismo en el que el hombre aparece como el ápice de un proceso cósmico, físico y biológico. La creación no sólo fue hecha en el pasado, sino que continúa, y hoy con la cooperación del hombre, si él quiere.

Para Tresmontant, el hombre, lejos de estar «caído» en el mundo, como dicen ciertos filósofos existencialistas, es, por el contrario, el fruto, el resultado de un largo trabajo de composición que debe ser perseguido y continuado.

«La perspectiva filosófica de Tomás de Aquino» fue el tema de la comunicación del profesor Muñoz Alonso, en la que, con terminología precisa y la fuerza que da la razón, nuestro profesor ha defendido en el VII Congreso Tomista Internacional la actualidad y permanencia de la filosofía de Santo Tomás, como es permanente y actual siempre la filosofía. Precisamente si el

cientifismo antitomista contemporáneo, imbuido de positivismo, desprecia la doctrina tomista esto obedece a la deyección de la «actitud filosófica» que se observa en nuestra época. En este sentido tiene razón Muñoz Alonso al decir que «no es la filosofía de Tomás de Aquino la desechada, sino *la* filosofía, de la que Tomás de Aquino es exponente». Por eso la filosofía de Santo Tomás *no está* de actualidad, pero esto no quiere decir que *no sea* de actualidad. «El pluralismo cultural ambivalente no se nos presenta, ciertamente, como garantía de la libertad de pensamiento, sino como una desfundamentación en el ser, como la pérdida del fundamento, que es cabalmente un signo de depauperación filosófica y de frivolidad del pluralismo deseable.»

En este mismo sentido metafísico se pronunciaron, dentro del Congreso, O. Nicolás Derisi, en su ponencia «El intelectualismo realista, fundamento del ser y vida de la persona» y Michele F. Sciacca en su comunicación «El puesto del hombre en el mundo y su destino», en la que califica de «estupidez» a esa pérdida del fundamento que Muñoz Alonso considera acertadamente como depauperación y frivolidad filosófica. El ser que descubre la inteligencia —y que ésta no crea—, no está a merced de los datos o de la legalidad científica, sino que arranca de ellos como de una plataforma existencial y ésta, sabido es que es distinta en cada tiempo.

La prospectiva filosófica de Tomás de Aquino «nos enseña —en una armónica relación ser-conocer (que no se identifican porque «el pensar no es el ser») — que el instrumento del conocimiento de lo que es no es un apéndice de la realidad o una irización del cambio en el que esa realidad se consume o se consume, sino el entendimiento o la inteligencia humana», que es la que penetra esa realidad, y la que da razón de ello es la filosofía. «Y Santo Tomás de Aquino —termina Muñoz Alonso— es un ejemplar privilegiado en el uso y ejercicio de la inteligencia para trascender lo manifiesto existencial.» La prospectiva filosófica de Santo Tomás tiene de perenne lo que tiene de revelación de la inteligencia del hombre, como expresión de lo personal y de expresividad ontológica de las realidades, las que sean y como sean cada época y en la visualización científica de cada tiempo.

Esta es la perenne actualidad de la filosofía de Santo Tomás, porque es la perenne presencia de la filosofía misma.

Sobre «Elementos de antropología tomista que responden a las instancias de desmasificación en el actual momento de desarrollo socio cultural», trató el profesor Spiazzi, de la Pontificia Academia de Santo Tomás. Empieza el conferenciante por definir el concepto de *masa* que es comúnmente admitido por los sociólogos para designar un conjunto humano en el que son mínimos el valor y el criterio de interioridad, de la personalidad, de la independencia o alternativa, y máxima la presión externa, a veces hasta la supraposición de

otros órganos a la conciencia del hombre individual (conciencia de masa, conciencia de clase, etc.).

Es común en nuestro tiempo la denuncia del estado de masificación en que se encuentra el hombre de hoy, apremiado, prendido y «reprimido» (esta es la palabra de batalla más reciente) por las fuerzas del poder, no tanto y no sólo político, sino, sobre todo, económico y social, y acaso ahora más standarizado y, por tanto, despersonalizado y desautentizado (como dice Heidegger) en este grandioso proceso de socialización que se verifica en todo campo —no sólo económico y político, sino educativo, urbanístico, turístico y, en general, cultural—, por lo que la calificación de «masa» se da hoy comúnmente a casi todas las expresiones de la vida y de las costumbres. La masificación hoy tiene lugar en el mismo campo de la inteligencia y de la conciencia, hasta el punto de que quienes creen obrar en nombre de la persona humana, en realidad expresan pensamientos de otros, traducidos a palabras, *slogans*, contraseñas de batalla, proclamas revolucionarias que «no son, ciertamente, carne y sangre, espíritu y verdad del hombre interior, sino que son, por el contrario, signos de desautenticación y de su nueva explotación».

Por eso hoy, en formas diversas y bajo todos los sistemas y campos, se producen reacciones que, se puede decir, tienen un sentido fundamental único; el repudio de la masificación, la búsqueda de la desmasificación. En este camino de la desmasificación auténtica, el conferenciante afirma que «el remedio está en recuperar el valor auténtico de la razón y, por tanto, del sujeto, del yo, pero sin pretender por ello de reportarlo a las abstracciones de la subjetividad trascendental». A este fin pueden servir las tesis tomistas de la *I-II* sobre el valor del sujeto en cuanto actualizado por una verdad objetiva en el campo del *pensar* (ciencia), del *obrar* (conciencia y moral), del *hacer* (técnica como virtud intelectual) y perfeccionado por un conjunto de virtudes (*habitus*) que capacitan a realizar en todas las expresiones de la vida un *ordo rationis* en el cual encuentra su plena madurez la personalidad.

Notable fue el discurso de S. S. el Papa Pablo VI a los congresistas, empezando por hacer la sorprendente pregunta: «¿Existe el hombre?» Y esta pregunta, formulada por un testigo atento al drama espiritual de nuestra época, ¿no es ampliamente reveladora de la confusión de muchos espíritus de hoy? No podemos menos de censurar que ciertos teólogos —que de teólogos tienen solamente el nombre— (son estas palabras duras del propio Romano Pontífice) puedan disertar indefinidamente sobre la muerte de Dios, o que los filósofos —que no son, ciertamente, amigos de la sabiduría— proclamen la muerte del hombre. Después de siglos en que pareció que Dios se consolidaba a costa del hombre, el hombre ha creído que no podía engrandecerse sino por la negación del Creador, sin percatarse de que la espiral de sus

negaciones lo llevaban irresistiblemente, de la muerte de Dios a la muerte del hombre. «¿Y quién podrá narrar —se lamenta el Papa— los daños producidos por tales pensamientos destructores entre nuestros contemporáneos, particularmente los jóvenes?»

«Tema inmenso —dice a los congresistas— es el tema que habéis elegido, infinito, con sus implicaciones biológicas, éticas, epistemológicas, ontológicas, etc.: origen, naturaleza y destino del hombre.» Porque, ¿qué es el hombre? «¿No es esta, en definitiva, la única cuestión que preocupa a la Humanidad?» «Sin embargo, son muchos —dice— los equívocos en torno al hombre por las concepciones tan radicalmente opuestas y también tan completamente falsas, desde el optimismo ingenuo al pesimismo radical.» Por eso recomienda el Supremo Pontífice que nuestra época tiene necesidad de redescubrir las verdades esenciales, que existen y son siempre permanentes en el torbellino desbordado de tanto error. Es preciso «oír la voz de nuestro tiempo» y que los filósofos y teólogos se interesen por todas las manifestaciones de la vida actual, a la luz de las ciencias y del progreso, pero «no deberán perder jamás de vista la luz bíblica que, desde el Génesis al Apocalipsis pone en plena claridad la dimensión teándrica del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios que, para redimirlo y liberarlo del pecado, El mismo se ha hecho hombre». La antropología se ha hecho así inseparable de la teología.

Y en este estudio antropológico-teológico, Santo Tomás sigue siendo un guía seguro, por la agudeza, el dominio y la precisión con que ha estudiado los problemas planteados para conocer a este eterno «desconocido» y misterio que es el hombre, para hacer comprender a cada generación nueva que el hombre, que no es solamente materia, tiene un principio superior a la materia, un alma espiritual, subsistente e inmortal. «El honor de los filósofos y de los teólogos —termina el Papa—, a ejemplo de su ilustre antecesor y maestro, Santo Tomás de Aquino, debe ser hoy día ayudar a nuestros contemporáneos a superar la angustia de la fe y la crisis del sentido, que transforma en oscuro laberinto sus propios descubrimientos.»

EMILIO SERRANO VILLAFañE

